



VOL: AÑO 8, NUMERO 21

FECHA: ENERO-ABRIL 1993

TEMA: IDENTIDAD NACIONAL Y NACIONALISMOS

TITULO: **En torno a la redefinición del nacionalismo mexicano**

AUTOR: *Roberto Gutiérrez López, José Luis Gutiérrez E. [*]*

SECCION: Artículos

RESUMEN:

Este artículo se propone examinar cuál es la idea de comunidad nacional que subyace y norma por lo menos parcialmente la conducta sociopolítica de los mexicanos. Centra su atención en las mutaciones que han tenido lugar en la percepción ciudadana con respecto al vínculo nacionalista durante los últimos años en México. La problemática se aborda en dos dimensiones que parecen especialmente decisivas para encuadrarla en forma correcta. Ellas son la construcción histórica de la mexicanidad y la redefinición del nacionalismo en el marco de la globalización.

ABSTRACT:

Redefining the Mexican Nationalism.

There is a specific idea of national community. It regulates, at least in part the Mexican's social and political behavior. In the last years there have been many changes in the citizen's perception on the nationalist unity. We discuss the subject in two dimensions to provide a correct overall view. These are the historic construction of the Mexican identity, and redefining nationalism through the globalization.

TEXTO

Introducción

Sería difícil comprender el lugar y la función actuales del nacionalismo en la sociedad mexicana sin tener presentes algunos elementos generales de análisis que permitan situar adecuadamente dicha problemática.

Para el efecto recogemos una definición de nacionalismo que, por su amplitud, hará factible ubicar y desagregar distintos ángulos del tema. Partimos, entonces, de una consideración global del nacionalismo como

una doctrina que propone el desarrollo autónomo, autodeterminado, de una colectividad definida según características externas precisas y homogéneas, y considerada como depositaria de valores exclusivos e imperecederos. El nacionalismo exige la concentración de las decisiones políticas y económicas, de las elecciones y modelos ideológicos y culturales así como de su proceso de formación en la colectividad en cuestión, la cual se presenta como una entidad con derecho a su propia independencia, a su propia integridad, a su propia identidad ya sea para emanciparse de condiciones alternativas o conjuntas de dependencia política, de atraso económico o de

disgregación cultural, ya sea para reaccionar ante amenazas externas de incorporación, alienación o marginamiento (Incisa, 1982: 1080).

No cabe duda de que, así planteado, el nacionalismo es un fenómeno complejo y multidimensional. Cuestiones de índole política, económica, histórica, social, jurídica e ideológico-cultural confluyen en él de manera combinada. Reconociéndolo, conviene entonces elegir una perspectiva de análisis que considere esta diversidad de determinaciones a la luz de un enfoque central que, en nuestro caso, estará dado por la dimensión ideológico-cultural.

Una aproximación de esta naturaleza nos remite a la manera como se construye, por medio de una serie de representaciones subjetivas socializadas, un sentido de identidad colectiva que permite la reproducción relativamente estable de una comunidad acotada territorial jurídica y políticamente. Comunidad que, en la época moderna, ha sido comprendida bajo la categoría de Estado-nación con medios, procedimientos y funciones específicos (Weber, 1983).

En esta dimensión ideológica, el nacionalismo mexicano contemporáneo es el resultado de un largo proceso que formalmente abarca ya casi dos siglos, pero que hunde sus raíces en una historia colonial y precolombina que ha sido continuamente resignificada para alimentar la noción de pertenencia a la comunidad.

En este proceso, la construcción institucional y la formación de la "conciencia nacional" se han anudado de formas múltiples dependiendo de los requerimientos de cada coyuntura. [1] Así, en nuestra historia se ha observado un vaivén recurrente entre la necesidad de reafirmar la independencia frente al exterior y la búsqueda de mecanismos unificadores de un tejido social en el que la pluralidad de etnias, lenguas e incluso de costumbres y tradiciones político-culturales, amén de los fuertes contrastes socioeconómicos, ha vuelto imposible pensar la identidad como homogeneidad primordial. [2]

En el fondo de las ya viejas discusiones sobre la "esencia" de lo mexicano que llamaron la atención de filósofos y psicólogos durante algunas décadas, se puede rastrear la preocupación por encontrar el elemento identificador capaz de dotar de unicidad y autonomía a una colectividad bastante inaprehensible como bloque sociocultural. De hecho, ante las enormes dificultades y los callejones sin salida de este tipo de reflexión, algunos autores han llegado a proponer que la definición de lo nacional sólo se puede conseguir a partir de su deslinde de lo externo, es decir, más a partir de lo que no se es que de lo que intrínsecamente pudiera representar (Bustamante, 1992).

Es probable que, de todas maneras, no se pueda avanzar demasiado en el esclarecimiento de las bases del nacionalismo mexicano, si la discusión se encierra en la búsqueda por constatar, desmentir o minimizar las similitudes existentes de facto a lo largo y lo ancho del territorio del país. Quisiéramos, en este punto, proponer la idea de que en la formación ideológico-cultural del nacionalismo ha operado hasta ahora una doble causalidad que debe ser considerada: por una parte, aquella relacionada con el trabajoso e inacabado proceso de producción de un entramado institucional de alcance nacional en el que entroncan iniciativas de distinta procedencia (públicas, privadas y propiamente sociales), y, complementariamente, aquella otra que podría llamarse como "generación discursiva" de la mexicanidad. Evidentemente, esta distinción es sólo analítica pues en el proceso histórico efectivo se puede observar un apuntalamiento recíproco de ambos fenómenos.

En efecto, la forma en que los ciudadanos de este país responden a la pregunta básica acerca de las razones y el significado de su pertenencia a la comunidad llamada México,

parece obedecer tanto a su inserción en redes socializadoras específicas que producen semejanzas verificables, como a su ubicación en circuitos discursivos en los que la interpelación nacionalista construye imaginariamente ciudadanías políticas sobre las que se funda, con efectos reales innegables, la referencia de un "nosotros" (Landi, 1981).

Como se podrá ver en la segunda parte de este trabajo, la forma en que se acrecientan o disminuyen la dimensión y las funciones de distintos espacios cohesionadores y reguladores de la interacción colectiva -de la escuela a la iglesia, del mercado a las instituciones gubernamentales, de los medios de comunicación a las organizaciones corporativas-, así como la importancia relativa alcanzada coyunturalmente por cada uno de ellos, condiciona la apreciación de los mexicanos respecto de su vínculo con el país y de sus expectativas sobre el futuro.

Ocurre con el nacionalismo algo semejante a lo que acontece con otros componentes de la cultura política, en tanto que su expresión, en cierta circunstancia, depende de la forma en que interactúan los valores y las creencias sedimentados a través de largos procesos socializadores con las nuevas representaciones y relaciones afectivas que emergen como predominantes en coyunturas específicas. [3]

Conviene, especialmente en los tiempos que corren, centrar la atención en las mutaciones que tienen lugar en la percepción ciudadana con respecto de los distintos indicadores que marcan la fortaleza o la debilidad del vínculo nacionalista. En una época histórica signada por la globalización, la interdependencia, las redefiniciones de la soberanía, el auge de los medios de comunicación y de la educación no escolarizada, la nueva conceptualización de la naturaleza y los fines de la acción estatal y la explosión del regionalismo y hasta del tribalismo, debe reexaminarse cuál es la idea de comunidad que subyace y norma, por lo menos parcialmente, la conducta sociopolítica de los mexicanos.

En nuestro país estas transformaciones se han acompañado también de una competencia discursiva en la que distintas explicaciones y juicios de valor debaten acerca de las causas y los efectos de los cambios en curso.

Con perspectivas políticas, niveles de argumentación y capacidad de socialización distintos coexisten y se confrontan las posiciones que hablan, por ejemplo, de una redefinición moderna de la soberanía o de la entrega de la misma; de integración económica productiva o de subordinación irremediable en un esquema injusto de división del trabajo; de universalización y apertura culturales o de pérdida de idiosincracia, costumbres y valores tradicionales.

Evaluar la manera como estas dicotomías han sido asimiladas y evaluadas por la ciudadanía supone, primero, remitirse a lo ocurrido en los últimos años en aquellos ámbitos en donde privilegiadamente se ha construido la "identidad nacional". Así, para efectos explicativos, hemos considerado conveniente abordar esta problemática en dos dimensiones que parecen especialmente decisivas para encuadrarla correctamente. Ellas son la construcción histórica de la mexicanidad y la redefinición del nacionalismo en el marco de la globalización.

I. La construcción histórica de la mexicanidad

La actitud de los mexicanos ante su historia y sus símbolos sería inexplicable si no hacemos referencia al papel desempeñado por la escuela. Es ahí donde las nuevas generaciones asimilan una perspectiva general sobre la sociedad, el pasado y el presente (González, 1980).

En efecto, una instancia socializadora decisiva en la formación de ese sentido de pertenencia a México como proyecto colectivo ha sido la escuela y más concretamente la escuela pública, magna obra de los gobiernos posrevolucionarios, a la que éstos confiaron la tarea de formar precisamente una conciencia nacional, en el doble sentido de romper con visiones particularistas que anteponían pertenencias corporativas o regionales y de conferir significados y órdenes precisos a los hechos históricos para proyectar en el imaginario colectivo [4] la idea de una comunidad de vocación y destino (Latapí, 1983 y Vázquez, 1977).

Tan crucial es el espacio educativo en la socialización de determinadas visiones e interpretaciones de la realidad y, consiguientemente, en la configuración de las identidades colectivas, que no es en absoluto gratuito que en torno de él se hayan producido algunas de las más ásperas disputas ideológico-políticas de las últimas décadas (Lerner, 1982 y Loeza, 1988).

Con todo, y pese a diversas resistencias de algunos sectores sociales, los gobiernos posrevolucionarios lograron imponer su propio sello en este terreno. La educación pública pudo haber sido más o menos exitosa en la tarea de formar los nuevos cuadros que el desarrollo económico del país demandaba, pero no hay duda de que fue notablemente eficaz en el cometido de imbuir a los educandos una conciencia nacional y de transmitir la idea de una historia vista como "hazaña de la libertad", de cuyos momentos estelares (la Independencia, la Reforma y la Revolución) sería emanación directa el presente. [5] Es posible que los educandos formados en este marco de sentido no percibiesen claramente las grandes determinaciones subyacentes a esos hechos históricos, pero sin duda los elementos cruciales de esta visión fueron retenidos y cumplieron el propósito de construir esa línea de continuidad que es la historia patria, alrededor de la cual se teje la idea de nación.

Es un hecho, no obstante, que la escuela pública, como circuito privilegiado de la interpelación nacionalista, ha perdido progresivamente terreno tanto por su propia crisis como por la irrupción de otros espacios que virtualmente compiten con ella con nuevas ofertas de sentido. Ya se ha vuelto lugar común señalar que los niños conocen menos a los personajes y héroes de la historia nacional que a los superhéroes de la televisión (Esteinou, 1990: 112-114).

Estos nuevos espacios son la escuela privada y los medios de comunicación. El auge de la enseñanza privada implica una socialización con referentes distintos que no pasa necesariamente por el énfasis en la visión oficial de la historia y en el nacionalismo. Por otro lado, y como un dato particular pero de notables consecuencias, el hecho de que en el nivel de posgrado los cuadros superiores de la administración gubernamental se formen preponderantemente en instituciones privadas y/o extranjeras ha modificado los patrones de socialización de la élite política y, con ellos, sus referentes ideológicos, sus pautas de conducta y sus modelos de gestión. [6] Las mutaciones registradas tanto en la práctica como en el propio discurso político, que han implicado la cada vez más esporádica alusión a los grandes temas de la mitología oficial o al menos su drástica resignificación, obedecen en más de un sentido a estos nuevos patrones de socialización de la élite política gobernante.

Por otro lado, la acelerada expansión de los medios de comunicación de masas, su peculiar configuración y una atractiva oferta de sentido centrada en el cosmopolitismo han cuestionado de hecho el lugar preminente que la escuela venía ocupando como instancia socializadora. No es sólo que los medios disputen la atención de los niños y los jóvenes y que en diversas franjas de la población los estudiantes estén frente al televisor un número análogo de horas a las que pasan en el salón de clases (Rebeil, 1985). Es sobre todo que

los medios, los electrónicos más que cualesquiera otros, no obstante seguir alimentándose parcialmente "de las temáticas del nacionalismo cultural, más en el sentido del costumbrismo popular y de la idiosincracia moralizante" (Aguilar, 1988: 853), tienden a privilegiar la difusión de una visión cosmopolita de la realidad y a poner en circulación un elenco distinto de nociones acerca de lo que es permisible y deseable como presunta expresión de una mexicanidad moderna, ajena a los valores colectivistas.

El resultado neto de este proceso, empero, no es la simple y llana erosión de la identidad nacional, como deploran algunos, sino una suerte de nuevo sincretismo, de flexibilización identitaria, o, para decirlo con Carlos Monsiváis, de "negociación" entre nacionalismo y cosmopolitismo, que permite la convivencia de valores tradicionales y modernos, la exaltación de lo que se considera propio y característico con la fascinación por lo extranjero como encarnación del progreso, la obsesión modernizadora con el respeto a los símbolos patrios. En todo caso, hoy el nacionalismo parece vivirse menos fervorosamente que en el pasado, cuando, merced a la inestabilidad interna y a las amenazas externas, las fronteras simbólicas que nos separaban de lo "otro" y permitían afirmar nuestra propia existencia como nación exigían una fe casi religiosa en el país y un compromiso subjetivo muy fuerte.

Conforme se operan cambios decisivos en la estructura económica y social así como modificaciones en el entorno cultural del país, que transforman radicalmente su perfil e impactan de manera múltiple la configuración de la vida pública mexicana, esa fe nacional, con sus poderosas resonancias costumbristas, colectivistas y estatistas, se ve socavada e incluso se vuelve sospechosa y cede terreno a "la voluntad y sensación de modernidad, vigorizada por la creciente incorporación de bienes y servicios industrializados y específicamente por la recepción de los productos culturales de masa de las metrópolis" (Aguilar, 1988: 846).

Aunque es fácilmente documentable este proceso de "secularización del nacionalismo" (Monsiváis, 1987), el cual se ha traducido en una actitud menos reverencial ante la historia, existen datos que indican el fuerte potencial identitario que, por ejemplo, todavía caracteriza a los símbolos patrios y a los rituales cívicos. En una encuesta realizada en el Valle de México en septiembre de 1992 (De la Peña y Toledo, 1992), 72% de los entrevistados mencionaron la bandera como el elemento que más nos identifica como mexicanos, siguiéndole en importancia el himno y el escudo nacionales (50 y 33%, respectivamente), todos por arriba de la raza, el idioma y otros.

Interrogados los entrevistados por el elemento específico que los identifica con México, de nuevo los símbolos patrios aparecieron en primer lugar (34%), por encima de idioma y raza (21%), tradiciones y costumbres (18%) y otros.

El hecho de que sean los símbolos patrios los que condensan esa idea de pertenencia más que factores como el territorio, la religión, la raza, las tradiciones y las costumbres hace del nacionalismo actual mexicano una identidad quizás más laxa, pero a la vez más abarcativa y flexible. La identidad nacional no aparece atada ni es reductible a cuestiones raciales, religiosas ni de ninguna otra índole. Ese rasgo lo diferencia de nacionalismos xenófobos y fundamentalistas, característicamente agresivos con aquello que no es idéntico a ellos, y lo torna tendencialmente más tolerante y susceptible de hibridación.

Muy probablemente por esta razón, el replanteamiento estratégico de nuestras relaciones con el exterior y la interpelación neonacionalista que lo ha acompañado en este sexenio no parece haber encontrado mayores resistencias, salvo en sectores muy localizados de la sociedad. Más todavía, la divisa de que hoy, a diferencia del pasado, ser nacionalista es ser moderno y supone involucrarse activamente en las corrientes económicas mundiales

concita simpatías. La vieja antinomia entre lo propio y lo extraño, que marcó por décadas el sentimiento nacional, parece estar diluyéndose.

II. La redefinición del nacionalismo en el marco de la globalización

La percepción de la relación con el exterior es un indicador fundamental de la valoración que los ciudadanos hacen de su identidad nacional porque permite observar cómo se percibe lo "otro", lo distinto, lo que no es México, así como los vínculos que nos comunican con ello. Aquí, al igual que en otros renglones, no contamos con datos fidedignos que cubran un gran arco histórico y que nos permitan emitir juicios categóricos. Sin embargo, y a partir de otros indicadores, parece indudable que en este aspecto las percepciones y los valores de los mexicanos han registrado un cambio sustancial en los últimos años.

Fuere por razones políticas (el antiimperialismo cardenista, la unidad nacional avilacamachista, el nacionalismo tercermundista del echeverrismo, etc.), económicas (el despegue industrializador y el proceso de sustitución de importaciones) o de otra índole, lo cierto es que el discurso político cargó la invocación del nacionalismo con un sentido de singularidad, autosuficiencia, recelo y en ocasiones hasta rechazo a lo exterior.

Tan intensa y persistente fue esta asociación entre nacionalismo soberanía y un proyecto volcado hacia el interior, que los dos últimos gobiernos (el de Miguel de la Madrid y el de Carlos Salinas de Gortari) debieron plantearse el problema de cómo conciliar el discurso nacionalista con una nueva estrategia de desarrollo en donde la apertura hacia el exterior y la integración económica han sido su condición de posibilidad.

Esta nueva propuesta discursiva ha sido desplegada para dotar de sentido y legitimidad a un curso de acción que, a pesar de postular la preservación de los fines del ideario revolucionario y constitucional, introdujo una reforma radical en cuanto a los medios considerados para su consecución. [7]

Cabe suponer que si los antiguos referentes de la ideología nacionalista se hubieran mantenido incólumes en amplios grupos de la población, el nuevo discurso habría hallado fuertes resistencias. La estabilidad de nuestra evolución reciente y la fluidez con la que se ha procesado la llamada reforma del Estado, parece demostrar que los viejos referentes del nacionalismo no tienen ya la capacidad para obstruir las tendencias emergentes. Para decirlo con Carlos Monsiváis, "sólo en la superficie y para fines oportunistas, funciona ya el nacionalismo de cerrazón al mundo, de exaltación del tiempo local y odio al tiempo universal. Pero ese nacionalismo está históricamente liquidado..." (Monsiváis, 1987: 18).

Ya en 1981, es decir, en los últimos momentos del efímero auge petrolero y en el preludeo de la crisis que marcó toda la década, una encuesta nacional reveló que sólo a la mitad de la población no le gustaría que México se pareciera a ningún otro país, mientras que un significativo 20% tomó como modelo a Estados Unidos y el resto se dividió en otras opciones poco representativas (Alduncin, 1989).

Las cifras adquieren mayor interés si se considera que entre quienes mencionaron a Estados Unidos se cuenta mayoritariamente la población más joven, es decir, aquella que se socializó en valores y referentes menos atados a los que dieron cuerpo a un nacionalismo cerrado y aun xenófobo.

Un estudio que da continuidad al anterior, llevado a cabo en 1987, en los momentos álgidos de la crisis, indicaba que 30% de la muestra consultada mostraba acuerdo con la proposición según la cual "deberíamos garantizar el desarrollo económico aun a costa de

perder parte de nuestra identidad y soberanía". La proporción es muy alta para un país históricamente reputado por su celo con respecto a ambos valores. Es cierto que 55% desaprobaba este aserto y que la significación de dicha respuesta crecía conforme aumentaban el ingreso y la escolaridad, pero también es verdad que tal actitud era más débil en los jóvenes. Complementariamente, el porcentaje de la población que señaló que México no debía parecerse a ningún otro país disminuyó de 50 a 46% de 1981 a 1987. Cabe señalar que esta variación es atribuible a una mayor proporción de ciudadanos a quienes les gustaría que México se pareciera a Japón: 6% en 1981 contra 17.4% en 1987. Asimismo, es interesante observar que la proporción de quienes quisieran que el país se asemejara a Estados Unidos permanece estable.

Estos resultados coinciden en lo fundamental con los derivados de la Encuesta Mundial de Valores de 1990. Dicha encuesta tomó como indicadores de nacionalismo el valor que la sociedad le da a sus fronteras, el orgullo de ser ciudadano de su país y la disposición a pelear por él. En el caso mexicano la encuesta indica que dos terceras partes de los entrevistados se mostraron opuestos a la idea de quitar las fronteras, mientras que poco más de una quinta parte opinó lo contrario.

Sin embargo, cuando se les preguntó a los mexicanos si estarían a favor de integrarse en un solo país con Estados Unidos, añadiendo el condicionante "si ello significara una mejor calidad de vida", 59% estuvo de acuerdo. Quiere decir esto que el celo nacionalista -que de entrada se advierte en la primera respuesta citada- se diluye en la siguiente en cuanto se antepone la expectativa de mejoras tangibles. El estudio sugiere por ello que "uno de los corrosivos más importantes del nacionalismo mexicano ha sido la crisis económica". [8] Aunque no puede pensarse en una relación de causa-efecto directa e inmediata, [9] no parece haber duda de que esta crisis, y sobre todo el desplazamiento de los antiguos mecanismos y la fuerte crisis de incertidumbre que ello trajo aparejada, influyeron en parte en el descenso en el porcentaje de la población que en ese momento declaró estar orgullosa de ser mexicana: mientras que la Primera Encuesta Mundial de Valores realizada en 1981 indicó que casi dos terceras partes de la población se declaraba orgullosa de su nacionalidad, de acuerdo con la Segunda Encuesta arriba citada esa proporción había descendido a 54%. Comparando estos datos con los que ofrecen las mismas encuestas para Estados Unidos y Canadá, se observa que en los tres países se registran descensos en dicho índice (de 77 a 73% en el primer caso y de 61 a 59% en el segundo), pero que la caída es notablemente más acentuada para México.

El relativamente breve lapso en el que se produce esta variación indica un fuerte desencanto respecto de lo que la nación, como espacio y proyecto colectivo, ofrece a los suyos y, en particular, respecto de lo que se percibe en un momento dado como un marcado desfase entre los esfuerzos y los logros individuales. Cuando esta sensación se sedimenta y se vuelve sentido común no es extraño que el orgullo nacional se merme, como tampoco lo es el hecho de que se debilite la creencia en la viabilidad de un proyecto nacional autónomo. Un correlato de esta última idea bien puede ser, para un sector de la población, la conveniencia de la asimilación y la absorción por otra nación si ello va acompañado de mejores perspectivas.

Se puede plantear incluso como hipótesis, con los matices mencionados antes, que la intensidad del nacionalismo está fuertemente atada, aun cuando no sea ni con mucho su único referente, a la percepción de la circunstancia económico-política. Conviene, sin embargo, puntualizar en qué sentido se afirma esto: en la medida en que en el imaginario colectivo esta circunstancia parezca obstaculizar la relación idónea entre esfuerzos y logros individuales, en esa misma proporción se verá afectada la confianza en el futuro de la nación y el orgullo nacional, sobre todo si ese desencuentro y el sacrificio que le es

concomitante son prolongados y no aparecen a los ojos de la población justificados por una causa superior.

Tal hipótesis permitiría explicar con cierta plausibilidad cómo la concurrencia de una prolongada crisis económica, una política específica de ajuste y una amplia percepción de debilidad de proyecto y liderazgo, por citar sólo los elementos cruciales del cuadro, dieron por resultado la erosión del sentido de pertenencia nacional en el México de los ochenta, tal y como lo muestran fehacientemente las encuestas citadas. Y también permitiría comprender el repunte que en esta materia se ha producido en los años recientes. Así, por ejemplo, tenemos que entre 1981 y 1987 cae el grado de satisfacción con los logros que como nación hemos alcanzado, pues el porcentaje promedio de quienes se declaran satisfechos baja de 62.3 a 51.5%, es decir, 16%, desplazándose el patrón de valoración de las opciones de "muy satisfecho" y "satisfecho" a "poco satisfecho" y "nada satisfecho" (Alduncin, 1991: 62). En contraste, y de acuerdo con una encuesta de Gallup levantada en julio de 1991, 46% de los mexicanos están "totalmente" de acuerdo con la afirmación de "estoy muy orgulloso de mi país", mientras que otro 50% declara sólo estar de acuerdo y apenas 4% desaprueba dicho aserto. Para percibir la magnitud del vuelco operado, debe señalarse que la proporción de mexicanos que declaró estar "totalmente" de acuerdo con la afirmación mencionada se incrementó 16% respecto al índice que la propia Gallup obtuvo en una encuesta equivalente en mayo de 1988, cuando únicamente 30% tenía esa opinión (Gallup México, 1991). Paralelamente, el deseo de vivir en México, que en 1988 abarcaba 32% del total, se ha casi triplicado para ascender a 93% en 1991.

En este marco, la recuperación puede ser atribuida a una combinación de múltiples determinaciones, entre las que destacan la restauración de un liderazgo presidencial fuerte, la estabilización de la economía y la generación de expectativas de mejoría tanto a nivel individual como colectivo.

Comentarios finales

La revisión anterior nos permite plantear que en un marco global como el que ahora condiciona las vicisitudes de los Estados nacionales y donde los satisfactores materiales aparecen como criterio relevante para medir la fortaleza y la consistencia del tejido nacional, lo que define el sentimiento nacionalista, más que la historia, las tradiciones y las costumbres, es la percepción de la existencia de un proyecto que garantice el progreso de los individuos y las colectividades. En suma, la percepción de una oferta política capaz de asegurar un horizonte de sentido en el que no haya demasiado espacio para la incertidumbre. Sin una idea clara acerca de las características del porvenir parece difícil lograr una cohesión social que permita mantener el vínculo de la comunidad nacional.

Evidentemente esto no significa que tales percepciones sobre el futuro estén fundamentadas en una comprensión racional de las tendencias presentes y su evolución probable. Lo más importante, desde la perspectiva del imaginario social, es creer en su existencia y no romper la solución de continuidad imprescindible entre pasado, actualidad y futuro.

Para el devenir de la nación será especialmente relevante la forma en que discursiva y políticamente se construya esta creencia y la manera en que se le acompañe de medidas operativas. Tanto la justeza del proyecto nacional hacia el interior como el mantenimiento de la última ratio de la soberanía -la capacidad de decisión política autónoma- dependerán del tipo de consensos (más o menos excluyentes) y de pactos que sea posible consolidar.

Si se quiere pensar en el relanzamiento de un proyecto nacional y una cultura política capaz de sustentarlo sin violentar la perspectiva democrática, resulta imprescindible, primero, desarticular los supuestos de la interpretación historicista y sus efectos políticos y, segundo, renunciar a una idea de nacionalismo como comunidad portadora de esencias innegociables.

Por otro lado, tanto sociológica como políticamente parece haber entrado en una crisis aparentemente irreversible el concepto de un Estado confundido con la nación y cristizador de todas sus aspiraciones. Si esto es cierto, se estará abriendo la posibilidad de asistir a la redefinición misma del Estado como instancia promotora y concertadora de las múltiples y disímolas iniciativas sociales que no renuncian, sin embargo, a articularse en un proyecto nacional bajo la observancia de ciertos consensos básicos. Si se asume lo que de hecho es una evidencia, esto es, el pluralismo sociocultural y político del México de hoy, evidentemente que el nacionalismo no podrá ser la expresión de un todo homogéneo a la manera organicista, sino de manera obligada la proyección ideológica, para decirlo con Sartori, de un "todo pluralista".

Reconocer esto evitaría reincidir en la tentación de pensar la identidad nacional como esencia uniforme para abrirle paso a una concepción más flexible en la que se dé cita la heterogeneidad de rasgos históricamente definidos que se anudan más por una voluntad de coexistencia que por una semejanza irreductible.

Por supuesto, dicha coexistencia implica la tolerancia pero no anula el disenso y la competencia en los marcos del Estado de derecho. [10]

En suma, lo que aquí se ha llamado la construcción discursiva de la mexicanidad pasa, si no se quiere regresar a posiciones tribales o fundamentalistas, por la interpelación democrática.

CITAS:

[*] Area de Teoría de las Formaciones Sociales, Departamento de Sociología, UAM Azcapotzalco.

[1] Para la época que da inicio con el estallido de la Revolución, Carlos Monsiváis propone periodizar en cinco etapas la evolución del nacionalismo popular. Señala este autor: "A partir de 1910 distingo, con los entrecruzamientos del caso, cinco etapas en el nacionalismo popular: primero, la que habría que llamar de la 'reaparición de México', 1910-1920; segundo, el reino del nacionalismo estatal posrevolucionario, 1920-1940; tercero, la era de la unidad nacional 1940-1960; cuarto, la etapa de la aparición de la sociedad de masas, 1960-1981 quinto, la fase actual, de posnacionalismo en la crisis" (Monsiváis, 1987: 13). Los cambios acontecidos tanto en la sociedad como en el Estado en los últimos cinco años obligan, como se verá, a introducir algunos nuevos referentes del nacionalismo mexicano.

[2] Guillermo Bonfil hace un tratamiento de la pluralidad cultural y sus implicaciones y repercusiones en México (Bonfil, 1987) y América Latina (Bonfil, 1991: 23-48).

[3] Para un análisis más detallado de las relaciones entre cultura política y opinión pública coyuntural, véase Gutiérrez y Gutiérrez, 1992.

[4] Conviene precisar el significado de imaginario colectivo. Según Pierre Ansart, "toda sociedad crea un conjunto coordinado de representaciones, un imaginario a través del cual se reproduce y que identifica consigo mismo al grupo, distribuye las identidades y los

papeles, expresa las necesidades colectivas y los fines a realizar. Tanto las sociedades modernas como las sociedades sin escritura producen estos imaginarios sociales, estos sistemas de representación a través de los cuales se autodesignan, fijan simbólicamente sus normas y sus valores" (Ansart, 1983: 17).

[5] Se puede señalar que la experiencia educativa ha formado parte de un fenómeno de carácter más general que nos remite propiamente a la dimensión de la cultura política. Según Luis Aguilar, "no es impropio calificar de 'historicista' a nuestra cultura política, por su generalizada propensión a legitimar la organización sociopolítica de México en los hechos originantes de protagonistas fundadores y en el sentido colectivo que tales hechos creadores de la nación encierran, expresar y realizan... La versión oficial de la historia mexicana sigue una genealogía reconstruida dentro de la lógica del amigo-enemigo. Nos es ajena la pregunta (hegeliana) acerca de si el sentido de la historia sucedida-construida sea racionalmente asumible, transfigurable en proposición de razón. Debemos reconocer que las ideas de pluralidad, inclusión, diálogo, tolerancia introducen el momento civilizatorio de la razón en el ejercicio propositivo y crítico de la vida pública, pero ellas no tienen más que pocos años de vida y significación entre nosotros" (Aguilar, 1989: 139).

[6] Para tener un referente del estilo de socialización de los líderes políticos mexicanos entre 1935 y 1977, véase Camp, 1981.

[7] Para una descripción de las circunstancias políticas que enmarcaron y explicaron la articulación del nuevo discurso gubernamental, véase Gutiérrez, 1992.

[8] Los datos están tomados de un extracto de la Segunda Encuesta Mundial de Valores patrocinada por la Universidad de Michigan, publicado en la revista Este País (Universidad de Michigan, 1991: 3-9).

[9] "El orgullo y el sentimiento de formar parte -se ha escrito- son factores vitales de la identidad de los individuos y de los grupos... El orgullo y tal sentimiento se amplifican (o decaen) así con los éxitos como con los fracasos. Están más en función del compañerismo y la solidaridad que de la retribución o las ganancias materiales. Dependen de la intuición de que se comparte un destino común... Sin embargo, toda colectividad... necesita crecer y con este empeño es usual que los fracasos siembren el campo para cosechar nuevos reveses y los éxitos generen su propia espiral virtuosa" (Alduncin, 1991: 62).

[10] Un indicador de que culturalmente hay una asociación creciente entre democracia, pluralidad política y libre y equitativa competencia por el poder nos lo ofrecen los siguientes datos: en 1991, en el Distrito Federal "40% de los encuestados -la mayoría relativa- asoció el término [democracia] al hecho de que todos los partidos tuvieran las mismas oportunidades para llegar al poder" (Grupo Interunidades de Estudios Electorales de la UAM, 1991).

BIBLIOGRAFIA:

Aguilar, L. (1988), "Opinión pública y comunicación social", en varios autores, México. Setenta y cinco años de Revolución, t. IV, Educación, cultura y comunicación, 2, INEHRM-FCE, México, 815-904.

Alduncin, E. (1989), Los valores de los mexicanos. México entre la tradición y la modernidad, Fondo Cultural Banamex, A. C. México.

Alduncin, E. (1991), Los valores de los mexicanos. México en tiempos de cambio, Fondo Cultural Banamex, A. C., México.

Ansart, P. (1983), Ideología, conflictos y poder, Premiá, México.

Bonfil, G. (1987), México profundo, CIESAS-SEP, México.

Bonfil, G. (1991), Pensar nuestra cultura, Alianza Editorial, México.

Bustamante, J. (1992), "Identidad y cultura nacional desde la perspectiva de la frontera norte", en J. M. Valenzuela (coord.), Decadencia y auge de las identidades. Cultura nacional, identidad cultural y modernización, El Colegio de la Frontera Norte-Programa Cultural de las Fronteras, México.

Camp, R. (1981), La formación de un gobernante. La socialización de los líderes políticos en el México posrevolucionario, FCE, México.

Camp, R. (1985), Los líderes políticos de México. Su educación y reclutamiento, FCE, México.

De la Peña, R., y R. Toledo (1992), "El 87% de los mexicanos, nacionalistas y patriotas", en El Nacional, septiembre.

Esteinou Madrid, J. (1990), "Crisis cultural y desnacionalización: la televisión mexicana y el debilitamiento de la identidad nacional", en Comunicación y Sociedad, núm. 9, mayo-agosto, CEIC, Universidad de Guadalajara, Guadalajara, pp. 97-121.

Gallup México (1991), en "Un país orgulloso avanza en economía y política", revista Época, suplemento especial, 12 de agosto.

González, L. (1980), "De la múltiple utilización de la historia", en varios autores, Historia ¿para qué?, Siglo XXI, México, 53-74.

Grupo Interunidades de Estudios Electorales de la UAM (1991), "La intuición pluralista en el D.F.", en Perfil de La Jornada, La Jornada, 11 de agosto, I-IV.

Gutiérrez Espíndola, J.L. (1992), "Las réplicas del liberalismo social", en Cuaderno de Nexos, núm. 46, abril, I-IV.

Gutiérrez Espíndola, J.L., y Gutiérrez, R. (1992), "Cultura política y opinión pública", documento multicopiado.

Incisa, L. (1982), voz "Nacionalismo", en N. Bobbio y N. Matteucci (eds.), Diccionario de política, Siglo XXI, México.

Landi, O. (1981), "Sobre lenguajes, identidades y ciudadanías políticas", en N. Lechner (comp.), Estado y política en América Latina, Siglo XXI, México, 172-198.

Latapí, P. (1983), Educación y valores nacionales, Nueva Imagen, México.

Lerner, V. (1982), La educación socialista (Historia de la Revolución Mexicana, t. XVII), El Colegio de México, México.

Loeza, S. (1988), Clases medias y política en México (la querrela escolar, 1959-1963), El Colegio de México, México.

Monsiváis, C. (1987), "Muerte y resurrección del nacionalismo mexicano", en Nexos, núm. 109, enero, 13-22.

Rebeil, Ma. A. (1985), "Los medios de comunicación en la vida de la sociedad receptora", mimeo, UAM Xochimilco, México.

Universidad de Michigan (1991), "Encuesta Mundial de Valores. Integración económica y nacionalismo: Canadá, E.U. y México", en Este País, abril, 3-9.

Vázquez, J. (1977), Nacionalismo y educación en México, El Colegio de México, México.

Weber, M. (1983), La ética protestante y el espíritu del capitalismo, Premiá, México.